

Premio Azorín 2014

AE
& I


HOTEL

PARADISO

RAMÓN PERNAS



 Planeta

Ramón Pernas



Hotel Paradiso

*Premio Azorín de la Diputación Provincial
de Alicante 2014*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Ramón Pernas, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: abril de 2014

Depósito legal: B. 4.003-2014

ISBN: 978-84-08-12631-7

Preimpresión: Víctor Igual, S. L.

Impresión: Cayfosa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

DAMEN UND HERREN

¿Sabíais que en el pequeño cementerio de Bussolengo, a las puertas de Verona, están enterrados más de ciento cincuenta artistas de circo? Allí duermen para siempre el gran Caroli, que fue el mejor adiestrador de caballos frisonos, lipizanos y purasangres de todos los tiempos, multitud de artistas anónimos que tienen en sus lápidas retratos con su nariz roja y sus zapatones, y grandes figuras del circo italiano reposan en los paneles con un tigre de mármol labrado junto a un busto de quienes han sido. Allí está enterrado el empresario y mejor domador Cesare Togni, o recientemente el genial Leonidas Casartelli. Su tumba está rotulada con una rotunda expresión: «Il grande capo».

Me lo contó mi novio, que sabe historias de todos los circos y respondió a mi sorpresa diciéndome que durante las ferias de San Valentino, hace ya muchos años, las compañías itinerantes concluían sus giras en Verona. Cuando se construyeron centenares de

pisos en los alrededores, en Bussolengo eran baratos y los artistas hicieron del pueblo su particular cuartel de invierno. Allí pasaban largas temporadas entre gira y gira, y para muchos fue su único hogar estable, como sucede en España, en Mislata, cerca de Valencia, donde los inviernos parecen primaveras y es el lugar elegido para vivir, más bien morir, de muchos artistas que hacen el camino español.

La caravana era nueva, recién estrenada. La cabeza tractora que la llevaba de un lugar a otro era norteamericana, un camión de película de esos que recorren la ruta sesenta y pico. Reluciente con los guardabarros, o como se diga, cromados, plateados. Lucía espléndida cuando la situaban en la entrada del circo, delante del chapitó.

Para decir la verdad, la caravana, de casi diez metros, era de segunda mano, antes había pertenecido a Moira Orfei, que como bien saben es la reina del circo italiano, pero estaba como nueva, no tendría más de cinco años y la habían construido a medida. Era un capricho barroco, con torneados de madera como de coro de catedral, a mi familia le parecía sublime.

A mi padre le encantaba contar historias de lo único que amaba, de lo único que conocía: el circo. Y cada noche después de la función nos reunía para recordarnos que siempre deberíamos saber quiénes somos y cuál era nuestro cometido en la vida, que no era otro que entretener y llevar de pueblo en pueblo, repleto

de magia y fantasía, el viejo carro viajero cargado con el equipaje de las ilusiones antiguas recién soñadas.

Era nuestro regalo, nuestra contribución para crear un mundo mejor, aunque solo fuera durante un par de horas y en una pista redonda donde cabe todo el universo.

Padre era feliz cuando lo escuchábamos, imponente la voz como si estuviera presentando la función, le faltaba el saludo inicial en alemán cuando se dirigía al palco central, *damen und herren*, embutido en su frac rojo y portando la negra chistera en el antebrazo, que doblaba como un bailarín de musical clásico. La reverencia del saludo que abría el espectáculo era como la despedida de Nijinsky al terminar el primer acto de *El lago de los cisnes*.

Desconozco si hay un primer acto en ese ballet, pero queda bien la imagen que alguien me contó.

Mi abuelo nació en esta plaza, perdón, quiero decir en este pueblo, las gentes del camino llamamos plazas a los lugares en los que instalamos el circo. Era mi abuelo, pero en realidad no lo era, quiero decir que se enamoró de mi abuela cuando los dos eran jóvenes. Él nunca fue de circo. No sé si habrá muerto, tengo que preguntar mañana por si lo conocen o se acuerdan de él.

Se portó muy bien con nosotros, salvó al circo de la quiebra y nos compró a Zara, la elefanta, que sigue trabajando en cada función y es tan vieja como él.

Mi padre lo adora, aunque solo lo vio cuando era un niño, y en el día de su boda. Fue su padrino contraviniendo la tradición que impone que en las bodas de los hijos la madrina siempre es la madre. Cuando yo nací le mandaba fotografías del día de mi cumpleaños y, puntualmente, cada primero de mes le escribía una carta que para mí, pienso yo, nunca le respondía.

Cuando se enojaba le salía un extraño orgullo que no disimulaba y gritaba un yo soy hijo del ingeniero, decía su apellido, para añadir a continuación que nunca fue un zíngaro de los circos viajeros. Y se quedaba tan pancho.

Ahora hace un mes que está nervioso ante el debut en el pueblo de su padre, que fue, o todavía es, una personalidad local. Hace veinte años que no trabajamos aquí. Mi abuela tenía prohibida esta ruta, creo que no podía soportar los recuerdos, que mi abuelo ya no cabía en su memoria.

Desde que falta, ya va un año largo desde su muerte, mi padre se empeñó en actuar en Vila-ponte, con el pretexto de la Feria de San Lucas en el pueblo vecino decidió que teníamos que regresar, hacer un fin de semana largo y quedarnos descansando un mes para reparar y pintar el material. Debe de ser que la sangre tira, y no solo en el corazón, sino también en el paisaje. Mi padre, que nunca estuvo aquí más de tres días seguidos, conoce las calles y sus nombres como si fuese un vecino más. Es un

misterio bastante inexplicable. El circo es suyo, bueno, y mío, que soy su única hija. No va bien, tampoco mal, las gentes ya han perdido las ganas de soñar, hace unos días observé a un chaval de no más de cinco años que durante la función no paró de jugar con su pequeña consola, ganas me daban de decirle al clown que lo sacara a la pista y lo ridiculizara, pero pensé que a lo peor lo que deseaba el payaso Emily era que el niño le prestara su consola.

El circo es un espectáculo arcaico, antiguo, aunque para mí resulta siempre nuevo, como de estreno, contando una vida que refleja los colores en las lentejuelas del traje de las trapezistas, las diosas aladas que aprenden a volar desde niñas en ese cielo circular de las carpas que limitan con el infinito.

Padre es feliz cuando lo escuchamos. Ayer, antes de llegar a Vilaponte, nos contó cuando mi abuelo conoció en París a Joséphine Baker, ya nos lo había contado docenas de veces, pero ayer sonó distinto, y hasta nos cantó con una extraña voz que no era la suya una canción que en realidad interpretaba Édith Piaf, la aprendió oyéndola en una película, pero nadie lo contradijo, nadie le hizo saber que la Baker nunca cantó aquel tema. Al final aplaudimos.

Se está muy bien, pero que muy bien en la caravana nueva; hay luna llena. Los zíngaros... Nosotros no somos gitanos, pero tenemos muy buenas relaciones con artistas de la itinerancia a la que pertene-

ceмос, cuentan bellísimas historias de la luna, su guía, la luz de sus noches, la rueda que desde el cielo mueve sus carromatos. Los zíngaros celebran las noches como la de hoy y bailan al son de mandolinas melancólicas tañendo la nostalgia de un país que es toda la Tierra, con una única bandera tejida con noches que en el centro tienen una divisa blanca y redonda, la que hoy luce en el cielo, la luna llena.

A mí me trae buena suerte y se instalan en mi cabeza mástiles de recuerdos felices, la carpa roja y azul de la memoria de momentos dulces que anidaron en mi corazón como anidan en mayo las golondrinas antes de escribir sus saludos en el aire para darle la bienvenida a la primavera.

Yo no he estado nunca en Vilaponte, pero siento que algo mío está en esta parte del mundo, la brisa acaso, o la sangre, que circula más rápido por mis venas cuando la distancia que me separa del pueblo de mi abuelo es solo un suspiro.

Mi trabajo es vender boletos, yo soy la encargada de la taquilla. Por unos pocos euros abro la puerta de ese mundo irreal lleno de magia y destreza. Veo a través del cristal las miradas nerviosas de los padres, que traen a sus hijos repitiendo el ciclo de la vida, y puedo leer sus recuerdos de niño posados en sus pensamientos.

No he tenido habilidades para aprender el oficio de artista. Soy torpe para los malabares, miedosa para el trapecio y perezosa para adiestrar mi cuerpo en las

contorsiones. Desde pequeña estuve en la trastienda, lo que me permitió estudiar y educar mi fantasía. Para ello viajaba con un libro que duraba dos ciudades o una feria entera, novelas de amor primero y Tolkien y multitud de poetas que llegaron después. Los libros son el mejor de los paisajes, que admiro en sus páginas, la carpa en la que se escriben todas las historias y que acoge la maravilla de otro libro, de nuestro lema universal, el más difícil todavía. Ya sé que soy un poco redicha, me gusta hablar como hablan los protagonistas de las novelas, me lo dicen los chicos que conozco, pero a mi padre le gusta. Presenta el espectáculo y es el adiestrador de Zara, nuestra elefanta, que es de la familia, tiene más de ochenta años y nos ha visto nacer y crecer a todos, llegó al circo el mismo día que nació mi padre. Son como hermanos.

Los artistas italianos que han hecho temporada con nosotros celebran que en la empresa haya un elefante de nuestra propiedad, dicen que siempre trae fortuna, da suerte y convierte a las pequeñas *troupes* en circos de categoría, de primera. Yo también lo creo.

Posiblemente me case dentro de un par de años. Cada noche hablo desde el ordenador con Mario, mi novio italiano, y cada conversación es un temblor interno, un sobresalto continuo hasta que apago la pantalla.

Mario Grazzi es de mi misma edad. Tiene veintitrés años y pertenece a la quinta generación de có-

micos viajeros. Trabaja en un pequeño espectáculo de calle que gira toda la Toscana. Nos conocimos durante nuestra estancia en Cremona, cuando fuimos a comprar la nueva tienda de cuatro palos, hace dos años. No volvimos a vernos después de aquella semana y de la última noche, cuando nos besamos y apagamos con nuestro ardor el faro encendido de la luna, que nos espiaba complacida.

Ahora miro a la luna y pienso en Mario, y creo que estará haciendo lo mismo en la distancia. Es curioso, me resulta casi inexplicable que por lejos que estemos es la misma luna llena la que nos alumbra. Parece raro, pero es así.

Cuando nos casemos, Mario vendrá a vivir conmigo a una caravana nueva a la que ya le tengo echado un ojo. Será el regalo de padre. Mario se incorporará a la compañía con su número aéreo, y tendremos hijos, cuatro quiero tener, o gemelos para que monten un número de icarios, y que por otra generación el circo Tivoli continúe rodando, prosiga su camino.

¡¡Quiero tanto a Mario!! Le voy a mandar un recado por la luna, se lo diré bajito y la luna se va a ruborizar. Ahí va, no me falles, luna, cuéntaselo antes de que Mario duerma, y si no, que sea mi regalo en medio de sus sueños. Buenas noches, mi amor.

Un viento salado nos trae el mar de Vilaponte hasta nuestro campamento de Vilaxove. Mañana nos ponemos en marcha.